



## EL RETORNO (2)

-No estoy de acuerdo. Eso está bien para los mayores, pero ¿y los jóvenes?

Los jóvenes tienen otras necesidades, ya lo sé, pero no nos incumbe entrar en ellas. El tiempo irá marcando metas a conseguir y puede que algún día nos dé para ampliar el negocio; hoy, por hoy, no.

Yo estaba tan llena de proyectos que habría seguido imaginando. Por pensar en mis hijos, pensaba en todos los muchachos del pueblo. Me preocupaba que no hubiera Biblioteca, o una Casa de la Cultura donde pudieran ver cine, o reunirse a charlar.

Juan me miró y leyó mis pensamientos. "No te dejes llevar por tu imaginación –me dijo-. Vamos a un pueblo". Le sonrei.

El día se hizo largo, esperando hablar con los niños.

Al fin, llegó el momento. Les hablamos.

No observamos ninguna sensación de sorpresa. Se callaron. Sólo el más pequeño de los tres tuvo dudas y dijo:

-Mamá, pero en Careña no estará mi amigo Carlos. Si me voy, no podré jugar con él. ¿El podrá venir a Careña cuando quiera?

Nos miramos Juan y yo. Se presentaba el primer inconveniente, con el que no se nos había ocurrido contar. No parecía que les hubiera ilusionado mucho la idea.

A partir de entonces, teníamos un tema más para hablar. Creíamos que a los niños les daría igual y, no fue así.

Contestamos a la tía y aceptamos, en principio, el bar. Le pedimos precio y condiciones. Juan anticipó sus vacaciones y se fue a Careña a hablar con ella. Cuando volvió ya venía con la idea de levantar casa.

Pasaron más de dos meses hasta que las ruedas de nuestro coche hollaron las carreteras de Alemania y Francia hasta la frontera de España, camino de Careña. Los enseres, venían por Agencia.

Llegamos de noche a casa de la tía. Los niños, cansados, medio dormidos, no hicieron ningún comentario. Ya nos esperaba y pasamos allí la noche.

Era verano. Empezábamos nueva forma de vida. Contábamos con buen tiempo. Los días, calurosos, pero soportables. Cierzo que veníamos de un país con distinto clima –al que ya nos habíamos acostumbrado-. El cielo de nuestro pueblo, aquellas noches, se puso romántico, limpio y lleno de estrellas, como cuando éramos novios y salíamos a pasear nuestras ilusiones. Yo lo vi como señal de bienvenida y me hizo sentir muy bien. El pueblo mantenía todavía algunas costumbres que sacudieron mi sensibilidad. Hacía años que no oía las campanas, al alba.

Por contraste con nuestra llegada, los primeros meses fueron muy difíciles. Nuestras previsiones más o menos se iban sucediendo. Hubo que afrontar bastantes carencias de medios: el pueblo tenía un tendido eléctrico bajo de fuerza y los electrodomésticos no los podíamos usar a determinadas horas. Por otro lado, los niños acusaron el cambio de colegio. Cuidar las gallinas nos llevaba tiempo. El agua escaseaba a ciertas horas. A la casa hubo que hacerle los primeros arreglos con urgencia. Al bar, también se le hicieron cambios (por supuesto, la idea del Café, quedó en el proyecto). Y..., así, hasta un sinfín de cosas.

Juan llevaba bastante bien todo esto. Se integró en la vida del pueblo. Yo, no. Por días se deshacían mis ilusiones. Una esponja las chorraba.

Por largo tiempo, la añoranza de mi tierra estuvo en el trampolín del deseo por volver. ¡Cuántas veces, haciendo las camas o fregando los platos "oía" el ruido sereno y ritual del riachuelo de mi pueblo! Y, sin que nadie me viera, me sorbía las lágrimas. Ahora... ¿soy yo y otra, o es otra la realidad?

No vale la pena correr –me decía a mi misma-, porque la experiencia llega cuando ya es tarde...

Las mujeres del pueblo, mayores que yo, me veían como advenediza. Me recordaban de niña y de moza y no me era posible entrar en su mundo. Yo había cambiado. Ellas, no. Seguían con los mismos cotilleos y con pocos proyectos de cambio. Yo había aprendido otras cosas. En la Casa Regional de nuestra ciudad alemana nos reuníamos gente joven y nos despertaron el interés por la lectura. Eso me sirvió para levantar un poco mis escasos conocimientos; pero aún se produjo algo mejor: el deseo y la avidez por separarme lo más posible de la ignorancia con la partí del pueblo.

¿Qué estaba pasando en aquellos meses? ¿Nos había cegado un patriotismo absurdo?

Analizando las cosas desde otro punto de vista, no parecía que a los niños les fuera mal. Iban a gusto al colegio, aunque tuvieran que desplazarse al pueblo más próximo que tenía escuela comarcal. Todo se iba desarrollando de forma normal en la vida de nuestra familia. Todo, menos...

Cuando sali del pueblo por primera vez, lo hice con sentimiento. No sabía lo que me iba a encontrar al pasar los Pirineos. Ahora, el sentimiento era porque la otra cara de los Pirineos me había enseñado más de lo que el pueblo tenía.

Mis deseos y necesidades más secretas habían cambiado, no cabía duda. De momento, la "rueda familiar daba vueltas", pero... los niños dejarán de serlo no tardando mucho. Cada uno se hará su programa. Será muy probable que mis hijos se vayan de aquí. ¡Quién sabe si volverán al país de donde salieron de niños! Ellos tienen sus mentes abiertas al universo.

Mi marido, Juan, no ha avanzado en su pensamiento. El pueblo lo ha anclado y, parece que no le importa mucho.

Yo, no he encontrado mi centro.

El reloj de la torre de la iglesia me recordaba lo largo que es un día cuando la rutina hace daño...

Será bueno que siga en sueños; ¡Me gustaría volver a aquella pequeña ciudad alemana para plantar un árbol, en un campo cualquiera y que la naturaleza supliera mi ausencia y cubriera mis recuerdos!

Tecla Martínez Maestro. Año 1986. Registro de Propiedad Intelectual de Madrid.